



SAN ANTONIO DE PADUA

—MENDICANTE Y MISIONERO DE DIOS—

Por Fabián Pascuali

Con la bendición de nuestra Madre espiritual, nos acercaremos con este estudio a las enseñanzas y momentos de la vida de San Antonio.

Como el amanecer disipa suavemente las penumbras de la noche, así los hombres santos despiertan con la dulce luz de sus enseñanzas y de sus obras, la presencia divina atesorada en nuestro corazón. En la vida de San Antonio encontramos la expresión de esa luz diáfana que iluminando nuestra alma, nos enseña a leer esta maravillosa carta de amor que es la vida.

Nacimiento y juventud

Conocido como San Antonio de Lisboa, cuando se lo refiere a la ciudad donde nació, fue el hijo de dos jóvenes esposos descendientes de nobles franceses, que vivían junto a la catedral dedicada a la Asunción de la Virgen María. Desconocido es el año de su nacimiento pero la mayoría de los historiadores lo fijan en 1191 y debido a la devoción que desde niño manifestó

hacia la virgen María y especialmente a la asunción de Nuestra Señora, se fijó la fecha de su nacimiento el 15 de Agosto, día en que se celebra el tránsito o dormición de María. Y se le bautizó con el nombre de Fernando Martins.

Desde pequeño demostró una firme inclinación al encuentro con Dios, particularmente bajo la imagen de la Virgen, a quien oraba diariamente. Y también expresó un gran amor a sus padres a quienes entrañablemente respetaba y obedecía, tal como lo describe la siguiente historia.

Cierto día, su padre planificando uno de los tantos viajes de negocios que realizaba hacia los pueblos cercanos, pensó que sería bueno hacer el viaje acompañado por su pequeño hijo. Era verano y los trigales ondeaban dorados bajo las caricias de la brisa. Ambos contemplaron con esperanza ese mar de espigas doradas y agradecieron al Señor por los frutos que ese año, se les ofrecía a manos llenas. Y junto a los sembrados vieron también, grandes bandadas grises de voraces gorriones que hacían estragos en el trigo. Entonces su padre decidió mantenerlos a distancia y encomendó a su hijo la tarea de espantarlos, mientras él continuaba su camino hacia el pueblo. Entonces el obediente niño comenzó a corretear por los sembrados gritando y tratando de asustar a los pájaros, y muy pronto, viendo que no había empeño que alcanzase, se sintió cansado y se sentó fatigado a la sombra de las espigas. De repente escu-

chó un dulce sonido que cruzando el campo dorado, se instaló suavemente en su corazón: era el sonido de la campana de la capillita a la Virgen María. Despertó en su ser, como un rayo de luz, la necesidad de reencontrarse con la imagen de su Madre del cielo. Pero pensó que no sería bueno desobedecer la orden paterna. Entonces traviesamente se dijo ... porque no esconder a los pajarillos y así poder visitar a nuestra Señora en la capilla? Rápidamente corrió hacia un galpón cercano casi vacío, abrió sus puertas y con su vocecita amable y pura invitó a la bandada de pájaros a entrar en él. ¡Cuál fue su sorpresa cuando vio que todos le escuchan y vuelan y corren hacia adentro! ¡Ni uno de ellos quedó afuera! Después cerró la puerta y cantando alegremente, corrió hacia el amado encuentro con la imagen de María, en la capilla. Durante el atardecer, el padre regresó y no hallando a Fernando en el trigal, comenzó a buscarlo por todas partes, hasta que lo encuentra en el templete, con la mirada absorta en la oración. Entonces le reprendió diciendo:

—¡Así cuidas el trigo! ¡Y desobedeces a tu padre!

—No te asustes padre —respondió el pequeño—. No hay gorriones en el campo.

Tomando a su padre de la mano, lo llevó hacia el galpón dentro del cual la multitud de aladas criaturas de nuestro Señor, cantaban, trinaban, gorjeaban y revoloteaban con gran jú-

bilo. Ante la mirada atónita de su padre y antes de abrir las puertas, Fernando le dijo:

—Como ves padre mío, Dios me ha dado la bendición de cumplir con El y contigo.

Al abrir las puertas, una esplendorosa sinfonía de alas desplegadas en pleno vuelo hacia la libertad, los envolvió por completo. Y agregó:

—Además, me han prometido que no tomaran más de lo necesario.

Llegado a los 15 años de edad y fiel a los sentimientos divinos que despertaban en su corazón, Fernando emprende su educación y vida religiosa en el Claustro de San Vicente de Fora, en las afueras de Lisboa, donde recibe la enseñanza espiritual de los hermanos agustinos. Cuán grande habrá sido la influencia del padre y doctor de la iglesia, San Agustín de Hipona, en el alma de Fernando. Cuan profundas habrán sido sus reflexiones al escuchar el eco de las palabras vivas de San Agustín en los claustros del monasterio, que le susurraban:

“Ama a Dios y haz lo que quieras. El amor es una perla preciosa que, si no se posee, de nada sirven el resto de las cosas, y si se posee, sobra todo lo demás.”

“Oh Señor! Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva ...i Tarde te amé! Tú estabas dentro de mí y yo fuera..., y

por fuera te buscaba ... Nos has hecho para ti Señor, e inquieto estará nuestro corazón hasta que descansa en Ti¹”

Durante su estadía en el monasterio, recibió la visita de parientes y amigos de juventud que, al hacerse más frecuentes de lo necesario, comenzaron a perturbar su mente, tratando de hacerle abandonar su propósito de llevar una vida monacal. Entonces toma la inamovible decisión de renunciar a la herencia familiar y “*deseoso de una más severa disciplina y por amor de una tranquilidad más fecunda*”, según sus propias palabras, se trasladó al monasterio de Santa Cruz de Coimbra, importante centro de enseñanza religiosa. Allí permaneció durante nueve decisivos años, hasta 1220, dedicado al estudio y a la meditación de las Sagradas Escrituras, de la teología de los Padres de la Iglesia, de San Agustín y la mística de Dionisio Aeropagita, que lo transformarían en maestro y predicador experto. Por su plenitud, su bondad y don de la palabra, sorprendía a sus oyentes durante cada uno de sus sermones. Al finalizar sus estudios recibirá su ordenación como sacerdote, tenía alrededor de los 25 años de edad.

Fernando se hace Franciscano

La presencia de los Franciscanos en Portugal y España se remonta al año 1218, cuando los frailes se esparcieron por el

¹ Confesiones, San Agustín.

mundo, enviados por san Francisco, que ya en 1214 había peregrinado a Santiago de Compostela. A Coimbra llegaron por aquellas fechas y fundaron el convento de Santo Antonio de los Olivos.

En el verano del año 1220, atraído por la vida fraternal que seguían aquellos frailes que pedían limosna, y con el deseo de imitarles y de avanzar en el camino de la perfección franciscana, pidió entonces dejar los canónigos agustinos y convertirse en Fraile Menor. Acogida su petición, cambió la sotana del claustro y el estudio, por la áspera túnica amante de la sencillez, la humildad y la pobreza, y también cambió su nombre, y desde entonces, será conocido como fray Antonio, fraile mendicante y misionero. La palabra Antonio deriva del latín *Antonius*, que significa “aquel que se enfrenta a sus adversarios” o “valiente”. Profundo conocedor de la psicología humana, de la necesaria purificación de mente y corazón por la que debe pasar el discípulo espiritual, su nombre le recordaba que solo a través de la devoción a nuestro Señor, el alma recibe la fuerza y el valor necesarios para enfrentar y transmutar el miedo, la soberbia y el egoísmo, que la separa de la visión univoca de Dios.

En el comienzo de su tarea evangelizadora, pidió embarcarse con rumbo a Marruecos, y una vez llegado, a consecuencia de una enfermedad, se vio obligado a volver a Lisboa. Una violentísima tempestad desatada al comenzar el viaje de vuelta,

juega con el barco hasta depositarlo en las costas de Sicilia, cerca de la ciudad de Mesina. En el convento franciscano de Mesina estaría un mes, hasta su marcha al Capítulo de Pentecostés de 1221, en la ciudad de Asís. Allí se encuentra personalmente con san Francisco, y en este encuentro, como dice la historia, su alma se hizo franciscana. Así como la tierra se entrega al calor vivificante del sol, el discípulo se entrega al amor del Maestro que despierta en su corazón, las virtudes que vivifican el alma: la pobreza, la caridad, la paciencia heroica, la alegría inalterable. El mismo Antonio escribe luego de este encuentro acerca de Francisco que “no era orante, más bien todo él se había hecho oración, no era teólogo sino un hombre teologal, no un hombre que se despoja, sino un hombre desnudo, no un hombre que imita, sino un hombre identificado.”

Después del Capítulo es destinado a la predicación y a la docencia, siendo el primero que enseñó teología a los frailes menores en Bolonia, con licencia expresa de San Francisco. Hacia 1225 se traslada a Francia. Enseñó en Montpellier y Toulouse, y vuelve a Italia en 1227 donde es elegido ministro provincial de la Italia superior. En Roma predica en presencia de los cardenales y del mismo Papa Gregorio IX, del que recibió el nombre de *Arca del testamento y archivo de las Sagradas Escrituras*. En 1230 deja el cargo de ministro provincial y se dedica íntegramente a la predicación.

En el sermón cotidiano San Antonio buscaba despertar la conciencia del ser humano, a la presencia de Dios en todo y en todos, con ejemplos claros y vivos, y cuando la palabra no alcanzaba, cuando la ceguera espiritual se instalaba en la mente del hombre, oficiaba de mensajero del Señor, dejando todo en sus manos. Y Él hacía grandes prodigios a través de Antonio, buscando reavivar la luz de la Fe en el alma. El sermón a los peces, la elección de la mula, la comida envenenada, el recién nacido que habla, son historias que acompañan la vida del santo, que describiremos en otro estudio.

Luego de una larga enfermedad, deja el cuerpo físico el 13 de junio de 1231, en la ciudad de Padua, cerca del mar Adriático, en el norte de Italia, entonando una oración a la Virgen y con ojos luminosos mirando fijo delante de él.

—¿Qué ves? —le preguntaron,

—Veo a mi Señor —murmuró sonriendo.

Maestro de oración

En el último período de su vida, Antonio puso por escrito dos ciclos de *Sermones*, titulados respectivamente *Sermones dominicales* y *Sermones sobre los Santos*. En ellos el santo nos invita a la práctica continua de la oración, a la cual define como:

“Una relación de amor, que empuja al hombre a conversar dulcemente con el Señor, creando una alegría inefable, que suavemente envuelve el alma en oración.”

Y añade:

“La oración es efusión afectuosa hacia Dios; es un coloquio devoto y familiar con Él; un abandono de la mente que, iluminada por Dios, busca gozar intensamente con Él. Orar es dar gracias. Esto es, reconocemos los beneficios de Dios y le ofrecemos nuestras obras”.

Antonio nos recuerda también que:

“La oración necesita una atmósfera de silencio, que no coincide con el alejamiento del ruido externo, sino que es experiencia interior, que mira a quitar las distracciones provocadas por las preocupaciones del alma”.

Además distingue cuatro actitudes o disposiciones indispensables, que en el latín de Antonio, se definen:

1. Obsecratio.
2. Oratio.
3. Postulatio.
4. Gratiarum actio.

Podríamos traducirlas así: abrir confiadamente el propio corazón a Dios, conversar afectuosamente con Él, presentarle las propias necesidades, alabarle y darle gracias.

Palabras finales

En casi todos los sermones que daba a los monjes y laicos, San Antonio insiste de modo especial, en no perder ningún instante en ocupaciones que no fueran para la gloria de Dios. El tiempo para Antonio era divino y en sus palabras había siempre exhortaciones a no desperdiciarlo inútilmente. De la misma manera nos llama nuestra Madre a obrar sin tiempo que perder, pensando en el bienestar del mundo, construyendo puentes celestes entre el hombre y Dios, puentes-escuelas, puentes-templos, caminos de luz y de bondad, tan necesarios para despertar la devoción en el corazón de nuestros hermanos.

Que el Señor nos otorgue la gracia de animar eternamente este sueño divino en nuestra alma.

¡Gracias Madre!

*Por el Prof. Fabián Pascuali
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
